

BIBLIOTECA LIGERITA
PARA USO
DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

XC.

¿Tanto mal es el pecado?



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLES.

Es propiedad

EL BUEN COMBATE

*facilitado á toda clase de personas por medio
sencillos opúsculos de controversia popular
—Nueva serie mensual de libritos ilustrados*

1. **El pan del pobre**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
2. **¿No es hora todavía?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
3. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar, por Antonio.
4. **El deber de la limosna**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
5. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar (segunda parte), por Antonio.
6. **Sol de las almas**, por D. Félix Sardá Salvany, Pbro.
7. **Credo, ó refugio del cristiano** actuales tiempos, libro I, por Mons. Gaum.
8. **Credo, ó refugio del cristiano** actuales tiempos, libro II, por Mons.
9. **La acción antimasónica** Félix Sardá y Salvany, Pbro.

2.553150

TANTO MAL ES EL PECADO?

CUANDO se les oyen á nuestros predicadores, ó cuando se leen en nuestros libros ascéticos, ciertas ponderaciones con que encarecen la gravedad del pecado mortal y su intrínseca malicia y el consiguiente horror que debe inspirar al hombre la menor ofensa á su Dios, ¿á quién no le ha ocurrido, una vez ú otra, la duda de si habria acaso exageración en tales afirmaciones, y si el celo por la salvación

de las almas podría quizá haber inducido al orador ó escritor á cargar algún tanto las tintas del cuadro, para con más seguridad lograr su piadoso intento?

Ni habría injuria para nadie en suponerlo así, porque sabido es que al retórico se le permite dar algún relieve mayor del natural á los objetos que pinta, á fin de que la impresión producida en el oyente ó lector sea la más aproximada á la realidad que trata de representar, y que es regla de todo buen tirador apuntar un poco más alto del blanco para acertar en el centro de él.

Esta observación anticipamos aquí, como alarde de franqueza, que ya saben la que les solemos tener nuestros lectores, y para decirles en suma que al oírnos tratar del pecado en este li-

brejo no se permitan hacer de nuestras ponderaciones descuento alguno, porque no vamos á pintar con brocha gorda ni fina, sino secamente á discutir, ni nos proponemos producir en los que nos lean meras impresiones, sino la fría y tranquila convicción. Por esto hemos querido cerrar antes ese efugio con que hubiera quizá pretendido escapar de nuestros argumentos, ó mejor de las consecuencias de ellos, el lector miedoso.

Vaya, pues. ¿Es cierto, no retóricamente hablando, sino filosóficamente discuriendo, que el pecado es el mal sumo, el mal único, el mal esencial, el mal sobre todo mal? Averigüémosto con calma y sinceridad.

¿Qué es pecar? es quebrantar á sabiendas, es decir, con pleno conocimiento y con plena voluntad, algún precepto de la ley de Dios, ó de los que ha dado la Iglesia con autoridad de Dios. En ambos casos es análogo el atentado, bien se infiera á Dios directamente, conculcando un precepto propiamente suyo, bien se infiera á Dios indirectamente, conculcando el precepto de quien lo impuso por su delegación. De suerte que en todos casos es quebrantamiento de la divina ley.

¿Pero Dios ha podido poner una ley á su criatura?

Casi da lástima tener que responder á pregunta tan ridiculamente necia.

Dios es criador del hombre, y el hombre es criatura ó hechura de Dios. Y así como el artífice tiene derecho absoluto sobre su obra, así tiene Dios

todo derecho sobre nosotros, que somos obra de su poder. El que con materiales suyos ha labrado para sí una mesa ó un banco, puede á su voluntad disponer de aquel banco ó mesa, puede exigir de estos muebles tal ó cual servicio adecuado á su modo de ser. Esta es la noción más clara y elemental del derecho de propiedad. Poder hacer de una cosa lo que más me convenga ó mejor me viniere en voluntad. Es mía una cosa que me he hecho ó me he comprado, porque tengo sobre ella todos los derechos de la más absoluta soberanía, incluso el de la destrucción. Así poseo mis fincas, así mis libros, así mis trajes, así mis caballos, así mi dinero, así todo lo que constituye mi propiedad. Soy dueño de estas cosas, y estas cosas son cosa *mía*. Este pronombre, que se llama

posesivo porque significa posesión, da la idea más absoluta de mi dominio sobre lo que plenamente me pertenece.

Somos de Dios. Queramos ó no queramos somos de Dios, porque no nos pidió permiso para criarnos, ni ha de pedirnoslo para hacernos morir. Somos de Dios, como el banco ó mesa son de quien los construyó ó mandó construir para si; como el árbol es de quien lo plantó en terreno suyo; como el dinero es del que legítimamente se lo supo adquirir. Somos cosa de Dios, pertenencia de Dios, propiedad de Dios. El cual puede exigir de nosotros todos los usos y servicios que puede exigir de su finca ó mueble el más libre propietario.

Ahora bien. ¿Qué es la ley de Dios? Es el querer de Dios sobre esta cosa suya que somos nosotros; es el servi-

cio que exige á este mueble suyo; el fruto que reclama de este árbol suyo; el interés que le pide á este su capital.

Pero ¡yo soy libre! Es verdad, es gran verdad: y por esto no quiere Dios que le sirva el hombre como un banco ó un caballo, sino libremente, racionalmente, noblemente; haciendo valer en su servicio, más que los miembros corporales, la libre voluntad. Pero al querer que le sirva libremente, no quiere que sea sin sujeción á Él, que esto ya no fuera servir. Quiere que le sirva queriéndole servir, y conociendo al mismo tiempo que le sirve porque quiere, y porque Él se lo manda y el hombre debe obedecerle. Y este servir libre, este servir noble, este servir del hombre, tan distinto del servir de la bestia y del servir de la piedra ó ma-

dera, es lo que se llama *obra buena* cuando bien se cumple, y es lo que se llama *pecado* cuando no se cumple ó se cumple mal.

Mas este derecho absoluto del Criador sobre el hombre, criatura suya, se funda todavía en algo más que en haberle dado á éste ser. El hombre no da el ser á las obras de sus manos, no hace más que imprimirles cierta forma ó modificación. ¡Y esto, sin embargo, le autoriza para llamarse su dueño! ¡Cuánto más lo será Dios, que no ha dado á sus criaturas solamente la forma de tales, sino la íntima y radical existencia! Más aún. El hombre al acabar de producir (como impropia-

mente se dice) una obra suya, ha terminado ya sobre ella su operación. Aquella obra ya para nada más necesita de su autor; de hecho es independiente de él, pues sin él puede continuar disfrutando la existencia, ó mejor, el nuevo modo de ser que de él ha adquirido. No así el hombre, obra de Dios. Dios en cierto modo no le dió de una vez toda la existencia en cuanto á su duración, sino que por partes se la está dando á cada indivisible momento. Un instante solo que fuese verdad el absurdo imposible de que Dios se olvidase de su criatura, hundiríase ésta de repente en el *no ser*, del que le está de continuo sacando su poderosísima mano. Como un objeto que estuviese colgado de un hilo que otro sostiene, caería indefectiblemente así que se cortase el hilo con que en el

aire se sostiene; así los hombres todos y cada uno de ellos, colgados de ese hilo invisible del querer de Dios, dejarían de ser en el mismo punto y momento en que dejase Él de estarlos continuamente sosteniendo. Que por esto se dice con fórmula exactísima en filosofía: «La conservación es una continua creación.»

Preguntad ahora ¿qué es pecar? y de fijo no se os hará ya tan incomprendible la respuesta que dan á esta pregunta los doctores cristianos. Pecar es esa insolente rebeldía del querer humano contra el querer divino: es ese *no quiero, no me da la gana*, del hombre, obra continua de Dios, con-

tra el *yo quiero* de ese Dios que de continuo se lo está imponiendo, como de continuo le está criando. Es el hombre vil oponiéndose, en cuanto de su parte está, al plan de Dios frustrándolo; en lo que puede; arrogándose en sí y en sus actos una independencia y aun una superioridad sobre Dios, contra cuyo dominio protesta y cuya autoridad desconoce con insolente cinismo. Se dirá que nada de eso intenta muchas veces el que comete un acto contra la ley de Dios. Hay aquí un equívoco fácil de desvanecer. Repárese que hemos dicho al principio que pecar es quebrantar con pleno conocimiento y con plena voluntad la ley de Dios. Podrá decir que no intenta una formal rebeldía el que no tenga pleno conocimiento de lo malo que hace, ó no tenga acerca de ello plena volun-

tad. Mas entonces ya no cometerá pecado, por lo menos mortal. Mas el que, en un acto opuesto á la divina ley, tenga conocimiento pleno de esta oposición, y tenga voluntad plena de cometerla, ¿cómo podrá decir que no tiene intención plena de constituirse en plena rebeldía contra su Dios?

No hay, pues, exageración alguna en decir que el pecado es el sumo mal, porque si Dios es el sumo Bien, la oposición directa y radical y voluntaria á este sumo Bien no puede calificarse de otra manera. Ni es frase extremada decir que el pecado es en rigor el mal único y el mal esencial, porque lo demás que el mundo conocemos con el nombre de males, pueden en ciertas y determinadas ocasiones ser un bien, como por ejemplo, la pobreza, la enfermedad, la muerte

misma: mas esta oposición á Dios nunca puede dar de sí bien alguno, porque es mala de su naturaleza y es origen además de todos los otros males. Y cuando se dice que todo se debe sufrir antes que consentir en el pecado, que por ningún provecho del mundo es lícito cometer un pecado siquiera venial, y que si con una mentira se pudiese librar á un reo de la horca ó á un condenado de las penas del infierno, no por eso sería lícito ofender con esta mentira á Dios, no se inventa, no, una gran ponderación, sino que se expresa muy llanamente una verdad sencilla y natural, exacta como el más evidente axioma de las matemáticas.

Es pura doctrina de sentido común cristiano, que nadie puede desconocer ni negar, más que el impío ó el ignorante.

Condensando en breves fórmulas el concepto que acabamos de exponer, diremos: Que el hombre es propiedad absoluta de Dios porque El le crió y El le conserva: Que el ser propiedad de Dios da derecho á Este sobre todos los actos así internos como externos del hombre, *cosa* suya: Que sobre estos actos así internos como externos ha manifestado Dios cuál fuese el servicio que quería de ellos, y á esta manifestación llamamos ley de Dios. Que por fin el no acomodar estos actos á tal ley es una violación de los derechos más sagrados de Nuestro Señor. Por lo cual el pecado es, entre todas las cosas malas, el sumo y supremo mal.

Más claro aún. Los crímenes que nos parecen más graves en el mundo no son al fin sino atentados contra tal ó cual derecho del hombre. El robo

es un atentado contra su derecho de propiedad: la calumnia es un atentado contra el derecho que tiene á su honra; el asesinato es un atentado contra el derecho que tiene á su vida. Y estos atentados son crímenes graves y merecen toda reprobación y castigo. Si, pues, el atentado del hombre contra un derecho del hombre su igual, constituye una cosa tan mala, ¿qué será el atentado del hombre contra todos los derechos que sobre él tiene su Criador?

De ahí que el pecado, sólo por ser tal, es decir, sólo por ser ofensa de Dios, es mayor que todos los crímenes que pueden cometerse contra el hombre meramente como hombre. Hay tanta distancia de la menor ofensa hecha al hombre como hombre, á la ofensa hecha á Dios como Dios, cuanta es

la que hay entre el hombre y Dios, y como es infinita tal distancia, de ahí que es infinitamente mayor tal gravedad.

De suerte que tener en poco la gravedad del pecado, puede consistir solamente en ignorar, ó qué cosa sea él, ó cuál sea el supremo Señor contra quien atenta. ¿Y hay cristiano de veras que una y otra cosa pueda ignorar?

Esto solamente considerado el pecado como ofensa á Dios Criador, porque si se considera á Dios en el concepto de Redentor, ¿qué nuevo campo no se abre á la ponderación? ¿Qué nuevos horizontes al discurso? ¿Qué severas consecuencias á la lógica?

Lo diremos más adelante.

A. M. D. G.

10. **El Santísimo Rosario**, por Campazas.
11. **Católicos... á la moda**, copiados al natural, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
12. **Católicos de verdad**, segunda parte de *Católicos... á la moda*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
13. **¡Guerra de frente!** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.; segunda parte del opúsculo *La acción antimasonica*.
14. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro I, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
15. **La piedad al uso**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
16. **Los Fariseos**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
17. **Eucarísticas**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
18. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro II, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
19. **La Caridad puesta al alcance de todo el mundo**, por el abate Mullois.
20. **Cómo se explota á los incautos**, por el abate Mullois.
21. **Liberalismo casero**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
22. **Quien siembra vientos...** por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
23. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro III, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
24. **Cruz de oro y Cruz de plomo**, por doña Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
25. **Liberalismo casero**, segunda parte; por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
26. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro IV por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
27. **¿Yo confesarme?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
28. **Cartas á un joven**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
29. **Nuestro modelo**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
30. **El Corazón de Jesús y las clases**

obreras, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.

31. **El Protestantismo en berlina**, libro I, por el P. Pio Mandata, S. J.

32. **El Protestantismo en berlina**, libro II, por el P. Pio Mandata, S. J.

33. **Los que dejan hacer**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

34. **El Domingo. Al pueblo**, por el abate Mullois.

35. **El progreso y la Iglesia**, por D. Cayetano Soler, Pbro.

36. **Jesucristo es Dios**, por el abate Mullois.

CONDICIONES

Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta al cromo.

Subscribiéndose á 1 ejemplar, 1'50 ptas. al año.—Id. á 4 ejemplares, 0'50 cada mes.—Id. á 8 íd., 1 peseta cada mes.—Id. á 12 ídem 1'50 ptas. cada mes.—Id. á 20 ejemplares, 2'25 cada mes.—Id. á 50 ejemplares, 5 ptas.

De cuatro ejemplares mensuales en adelante puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo un año. La colección de los opúsculos publicados se vende encuadernada en tela, formando tres tomos, á 2 ptas. cada uno. Tomando 100 opúsculos de un mismo título ó variados, 10 ptas. Franco de portes. El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5 Barcelona.—1898.